



Columna Católica

Óscar Blanco Martínez
 Obispo de Punta Arenas

La esperanza no defrauda y nos hace fuertes en la tribulación” (Rm 5,1-5)

El martes 11 de febrero de 2025, la Iglesia celebra a la madre de Dios bajo la advocación de nuestra Señora de Lourdes. Nuestra Iglesia diocesana lo hizo, como todos los años, con una procesión por las calles en dirección a la gruta de Lourdes, que se encuentra en las dependencias del hogar de Miraflores. Allí se celebró la eucaristía y se administró el sacramento de la unción de los enfermos. ¿Por qué? Porque cada 11 de febrero también se celebra la Jornada Mundial de los Enfermos, un día especial para reflexionar sobre esta realidad tan propia del ser humano como es la enfermedad. El término “enfermo” viene del latín infirmus, que significa “débil” o “enfermo”, de ahí la necesidad de una compañía que cuida y ayuda a levantarse, y de la esperanza en la enfermedad. El Papa Francisco nos invita en esta jornada a meditar sobre el lema: “La esperanza no defrauda y nos hace fuertes en la tribulación” (Rm 5,1-5).

En su mensaje, el Papa dice que: “Son expresiones consoladoras, pero que pueden suscitar algunos interrogantes, especialmente en los que sufren. Por ejemplo: ¿cómo permanecer fuertes cuando sufrimos en carne propia

enfermedades graves e invalidantes, que quizás requieren tratamientos cuyos costos van más allá de nuestras posibilidades? ¿Cómo hacerlo cuando, además de nuestro sufrimiento, vemos sufrir a quienes nos quieren y que, aun estando a nuestro lado, se sienten impotentes por no poder ayudarnos? En todas estas situaciones sentimos la necesidad de un apoyo superior a nosotros: necesitamos la ayuda de Dios, de su gracia, de su Providencia, de esa fuerza que es don de su Espíritu (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1808).”

Detengámonos, pues, un momento a reflexionar sobre la presencia de Dios que permanece cerca de quien sufre, en particular bajo tres aspectos que la caracterizan: el encuentro, el don y el compartir.

El encuentro con Dios: “También la enfermedad, aun cuando sea dolorosa y difícil de entender, es una oportunidad de encuentro con el Señor, de un encuentro que nos transforma, nos vuelve más fuertes, porque nos hace más conscientes de que no estamos solos.”

El don de la esperanza: El Papa dice que: “Nunca como en el sufrimiento nos damos cuenta de que toda esperanza viene del Señor, y que por eso es, ante

todo, un don que hemos de acoger y cultivar, permaneciendo ‘fieles a la fidelidad de Dios’.”

Y sobre el compartir con otros, dice: “Los lugares donde se sufre son a menudo lugares de intercambio, de enriquecimiento mutuo. ¿Cuántas veces, junto al lecho de un enfermo, se aprende a esperar! ¿Cuántas veces, estando cerca de quien sufre, se aprende a creer! ¿Cuántas veces, inclinándose ante el necesitado, se descubre el amor! Es decir, nos damos cuenta de que somos ‘ángeles’ de esperanza, mensajeros de Dios, los unos para los otros, todos juntos: enfermos, médicos, enfermeros, familiares, amigos, sacerdotes, religiosos y religiosas; y allí donde estamos: en la familia, en los dispensarios, en las residencias de ancianos, en los hospitales y en las clínicas.”

Hoy pasamos a saludar a todos los hermanos y hermanas enfermos y a los que los cuidan: familiares, cuidadores y profesionales de la salud. Ustedes son una profecía y signo de esperanza que no defrauda, ustedes son “un himno a la dignidad humana, un canto de esperanza” (Bula S. non C. N.º 11). Que María, la madre de Dios, los ampare y no desoiga sus oraciones.